

Anticipadamente dió las oportunas órdenes para que las tropas francesas acantonadas en Chamartin, en el convento de San Bernardino, en el Prado, y Fuencarral, acudiesen prontamente en disposicion para batirse á la primera señal de alarma.

En los primeros instantes del levantamiento aparecieron los franceses como desconcertados.

Pero tomando apresuradamente las armas, con un sacudimiento momentáneo, quedó deshecho el estupor que al principio habian mostrado.

Corren abalanzándose por la carrera de San Gerónimo, y por la calle de Alcalá.

Esta última calle, tan apropósito como bella, para ejercitar el cañon, quedó completamente barrida por la artillería de los franceses.

Avanza la caballería de la guardia imperial, á las órdenes del gefe de escuadron Daumesmil, y cargando sobre la inexperta gente madrileña, la arrolló completamente.

Los lanceros polacos, que tan poco tiempo hacia pertenecian á un pueblo libre, pero ya habian sido sacrificados al gran coloso, cuya ambicion y tiranía no hubiera bastado el mundo entero para satisfacerla; estos lanceros, repetimos, fueron los primeros que se señalaron por su bravura y ferocidad contra un pueblo que solamente la precision de conservar la libertad é independenciam de su patria, le habia obligado á lanzarse sobre los rapiñadores de su país.

Tambien los mamelucos á su vez vengaban la muerte de sus compañeros con la de sus enemigos y sacrificadores.

Pero la vengaban con el vil y desalmado valor del árabe, dirigido y desarrollado por el genio de Napoleón.

Cada puerta, cada ventana de las casas, se habian convertido, por los madrileños; lo mismo que los balcones, presentaban al enemigo otras tantas bocas de muerte y de exterminio.

Vuélvense las tornas, y los franceses van por destacamentos, escalan los edificios con su infantería, y aquellos por donde se les habia hecho fuego son entregados al saqueo, dego-

lando al mismo tiempo sus moradores, ó bien fusilábanlos delante de las puertas de sus mismas casas.

Allí no se daba cuartel, porque no se podía dar.

Había dos clases de ódios.

El uno era nacional.

El otro era el de religion.

El fanatismo reinaba en España todavía, y los madrileños habían mirado siempre con horror á los franceses, por su des-
preocupacion en ideas religiosas.

Los franceses, por su parte, odiaban á los españoles, porque comprendían que en ellos nunca podrian tener amigos.

Veían la animadversion que inspiraban en todas partes, la lucha que les habían entablado en Madrid, las víctimas que les habían causado, y nada de esto podían perdonarles.

Los actos de generosidad se renovaban á su turno en contraposicion de las horrosas escenas que se reproducían.

El que humillado había implorado antes la proteccion del vencedor, escitando la compasion concedía tal vez victorioso lo mismo que poco antes vencido había solicitado.

Los españoles y franceses se encuentran paralelos; es decir, nada se deben ya.

Habíanse pagado el valor luchando con el valor, la vida se había pagado del mismo modo con la vida, y por consiguiente debía suceder á la clemencia la clemencia.

Pero, cómo esperar otra cosa diferente de pechos heróicos, valientes y esforzados?

Los franceses principiaban á hacer el uso moderado que les daba la preponderancia, buena disciplina y organizacion.

No dejaban señales que pudieran ni siquiera anunciar el asesinato.

Las vidas de los que caen prisioneros en sus manos las conservan generalmente casi todos.

Pensarán, tal vez, darles un momento de sosiego para despues ajusticiarlos?

Nunca hubiera sido de esperar tan inicuo proceder de los vencedores de Europa.

Se esperaba, pero en vano, que ellos harian justicia á los sentimientos generosos de este pueblo, que se hacia tanto más acreedor á la consideracion y respeto, cuanto su resistencia á sufrir el yugo era más tenaz.

La multitud de valientes que habian pagado caras sus vidas, arrojándose indefensos en medio de las filas, se creia que llamarian la atencion de Murat, suponiendo al valiente generoso; pero bien pronto experimentaron hasta qué punto se engañaron al creerlo así.

La corta guarnicion de soldados españoles de Madrid permanecia encerrada en sus cuarteles sin saber qué resolucion tomar, cuando entre todos solo contaban tres mil hombres escasos, al mismo tiempo que el paisanage, abatido por todas partes, se dirige al Parque, donde habia unos diez mil fusiles, gritando desgarradoramente: armas! armas!

Los valientes é inmortales Daoiz y Velarde, puestos al frente de una docena de bravos, ayudados por el paisanage y treinta y tres infantes mandados por su oficial Ruiz, juran repetidas veces morir ó vencer por la patria.

Auxiliados por las mugeres aprisionaron un destacamento imperial, y arrastrando á brazo los cañones, enfilaron por las calles de San Pedro, San José y Ancha de San Bernardo.

Daoiz y Velarde esperan con impavidez, al mismo tiempo que menudean sus tiros sobre los franceses.

Y finalmente, se nos eriza el cabello cada vez que recordamos el entusiasmo y arrojo con que murieron aquellos dos valientes héroes de la libertad de su patria.

Nuestro corazon late de entusiasmo al recordar aquel episodio sublime que ha formado por sí solo una epopeya magnífica, cantada por los poetas de todos los tiempos, y cuyo recuerdo no se borrará nunca de los corazones de los buenos españoles.

Reunidos el mariscal Monecy, el gran duque de Berg y los generales que no tenian mando de tropas, permanecieron en la cuesta de San Vicente.

En el momento en que daban órdenes á los fusileros de la

guardia imperial, se les aproximaron varios miembros de la junta, prometiendo restablecer la tranquilidad si ellos ponian término á la efusion de sangre.

Esto oido, desistieron al momento que se aplacó la efervescencia de la poblacion.

Ofarril y Azanza, acompañados del general Harispe, dieron la señal de amnistía y reconciliacion general.

Los madrileños se olvidaron de cuanto habia pasado, retirándose tranquilos á sus casas, despues de haber oido la voz conciliadora de las autoridades.

Entre diez y una habia comenzado la agitacion.

A las dos de la tarde, una gran calma habia sucedido á aquel primer trasporte.

Podria creerse que volviera á turbarse el sosiego?

Las autoridades españolas prometieron á los franceses volver al pueblo la tranquilidad, si cesaban por su parte la muerte y desolacion.

Convenidos en esto lo cumplieron; pero Murat no cumplió la suya.

Mientras que los ministros é individuos de los consejos recorrian las calles de Madrid, esparciendo la voz de olvido y paz, Murat mandó estender una proclama que él habia firmado.

Esta proclama amaneció puesta en las esquinas de todas las calles principales el dia tres siguiente:

Para que vean nuestros lectores hasta qué punto rayaba la barbárie y crueldad de los franceses en aquellos tiempos, les trascribimos íntegra la siguiente

Orden del dia.—Soldados: la poblacion de Madrid se ha sublevado, y ha llegado hasta el asesinato. Sé que los buenos españoles han gemido de estos desórdenes: estoy muy lejos de mezclarlos con los de aquellos miserables que no desean más que el crimen y el pillaje. Pero la sangre francesa ha sido derramada: clama por su venganza: en su consecuencia, mando lo siguiente:

Artículo 1.º El general Grouchi convocará esta noche la comision general.

Art. 2.º Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano, serán arcabuceados.

Art. 3.º La junta de Estado va á hacer desarmar los vecinos de Madrid. Todos los habitantes y estantes quienes despues de la ejecucion de esta orden se hallaren armados ó conservasen armas sin una permission especial, serán arcabuceados.

Art. 4.º Todo lugar donde sea asesinado un francés, será quemado.

Art. 5.º Toda reunion de más de ocho personas será considerada como una junta sediciosa y deshecha por la fusilería.

Art. 6.º Los amos quedarán responsables de sus criados; los jefes de talleres, obradores y demas, de sus oficiales; los padres y madres de sus hijos, y los conventos de sus religiosos.

Art. 7.º Los autores, vendedores y distribuidores de libros impresos ó manuscritos provocando á la sedicion, serán considerados como unos agentes de la Inglaterra, y arcabuceados.

Dado en nuestro cuartel general de Madrid á 2 de mayo de 1808.—Joachin.—Por mandado de S. A. I. y R.—El jefe de Estado mayor general.—Belliard.

Esta orden inconcebible en un siglo que se tenia ya por ilustrado acarreó infinidad de males.

Las patrullas francesas recorrian las calles haciendo prisioneros á todos los que aun sin tener la más mínima noticia de esta orden, encontraban con una aguja, cortaplumas, tijeras ó cualquier instrumento cortante.

Conducidos atados por los codos de dos en dos, los llevaban á la casa de Correos, que fué donde se estableció el terrible tribunal de las sentencias.

De allí salian todos condenados á pena de muerte, sin la mas mínima averiguacion.

Y finalmente, de este punto eran conducidos al destinado para el sacrificio.

En la puerta del Sol, en el Prado, Retiro y próximo á la

iglesia de la Soledad se veían asesinadas multitud de personas de ambos sexos y mezcladas las clases sin el menor respeto ni la mas mínima consideracion.

El anciano, el jóven, los ministros de la religion y hasta las desgraciadas mujeres; todos perecian bajo el temible fuego de una descarga que los franceses arrojaban sobre estas inocentes y desgraciadas víctimas.

Muchos que mezclados en el interior de los cádaveres aun no habian llegado á espirar, eran enterrados cuando todavia estaba luchando con sus últimas agonias.

Quando los ánimos están sobresaltados basta la oscuridad de la noche para imponernos algun respeto.

Pero esta terrible noche, más terrible aun por las repentinas detonaciones, que hacian temblar á las madres cuyos hijos no se hallaban á su lado, esta noche repetimos, sangrienta y espantosa cual ninguna aumentaba la zozobra de los habitantes de Madrid, hasta el punto que no es posible creamos que un solo buen español pudiese reposar, cuando sus allegados, ó sus hermanos, tal vez se estaban sacrificando.

No bastó la noche entera para que aquella turba de desalmados consumiáran tan inicuaente sus crímenes.

El sol vino á alumbrar la mañana siguiente, y estuvo bastante tiempo para contemplar aquella horrorosa escena.

Los viles verdugos no se horrorizaron de lo que habian hecho, y continuaron su obra, fusilando á multitud de víctimas en la montaña del Principe Pio.

La memorable jornada del 2 de Mayo fué la alarma terrible lanzada á toda la nacion.

Fué el célebre «hierro, despiértate» de los antiguos almogábares que hicieron estremecerse de un extremo á otro la península ibérica, impulsando á sus habitantes para que se lanzaran á esa tremenda lid, primer escalon en que resbaló el coloso de Europa, y primera etápa que señaló su camino para Santa Elena.

Existe entre nuestra historia un documento curioso, que no podemos ménos de recordarlo en este momento, porque él fué,

por decirlo así, la chispa que corriendo de pueblo en pueblo, encendió el fuego, en cuya inmensa hoguera habian de abrasarse las aguerridas huestes francesas.

Hablemos del célebre oficio del Alcalde de Móstoles.

Hallábase Don Juan Perez Villamil, fiscal del supremo consejo de guerra, en el mencionado lugar, cuando se recibió en él la noticia de los sucesos de Madrid.

Ardiendo en ira como todos los buenos españoles, quisieron venirse á la corte para ayudar á sus hermanos, que luchaban contra las enemigas falanges.

Entonces Villamil, haciéndolos desistir de su idea, comprendiendo que aquel paso no haria más que aumentar el número de las víctimas, incitó al alcalde para que pasase un aviso al del pueblo inmediato, y así sucesivamente se comunicase á las provincias meridionales, los hechos mencionados.

El alcalde aceptó con gusto aquel pensamiento, que le permitia servir á su patria, y escribió el siguiente oficio, que corriendo de pueblo en pueblo, ha llegado á ser uno de los documentos más interesantes de aquella época memorable.

El oficio decia así:

«La patria está en peligro. Madrid parece víctima de la perfidia francesa. Españoles, acudid á salvarle.—Mayo 2 de 1808.—El aicalde de Móstoles.»

Este oficio alarmante llegó á Badajoz el dia 4, y produjo el alzamiento que no habian de tardar mucho en seguir todas las provincias.

Tal fué á grandes rasgos esa jornada terrible que más de una vez hemos oido referir á nuestros padres, escrita con caracteres de sangre en las hojas de nuestra historia, y que honró tanto al vencido cuanto deshonoró á sus vencedores.

Nosotros hubiéramos querido tener una de esas brillantes plumas, cuyos relatos hacen palpitar de entusiasmo los corazones de los lectores; pero ya lo hemos dicho en otra ocasion, si nuestras fuerzas son escasas, nuestra voluntad es inmensa, y á la indulgencia del público nos hemos atendido solamente para escribir nuestra historia.

CAPITULO V.

Continuacion del anterior.



so de carga.

Nuestros valientes se detuvieron algunos momentos.

No vacilaron, pero si pensaron en la manera mejor de atacar á sus contrarios.

Alejandro se volvió á los suyos, y les dijo:

—Señores: ha llegado el momento de obrar, y no es oca-

sion de retroceder; las fuerzas que tenemos á nuestro frente son excesivamente más superiores que nosotros, y antes de nada es pregunta: qué debemos hacer?

—Entonces, adelante! y Dios y nuestro derecho nos ayuden.

Y los paisanos, divididos en tres grupos, atacaron por tres sitios diferentes á la columna francesa.

Esta iba mandada por el conde de Monte-Perdú.

Diego, en el momento en que lo conoció, hirviendo en celos y desesperacion, gritó á sus amigos:

—Vamos, amigos, vamos á ellos!

Y furioso se echó sobre los franceses.

Estos se dividieron en tres grupos tambien para hacer frente á sus enemigos.

Diego buscó al coronel, y le gritó:

—Eh, coronel, venid, que tenemos cuentas que ajustar.

Monte-Perdú oyó aquel acento, miró al que habia hablado, lo conoció, y frunciendo sus espesas cejas se fué hácia él.

Diego iba armado con una espada y una pistola.

Con la primera se encontró con el coronel, y ambos aceros se cruzaron.

Por un momento aquellos dos hombres, que tanto se aborrecian, pelearon á la vista de ambas huestes, sin que ni unos ni otros se atrevieran á interponerse.

Pero los franceses fueron en esta parte menos caballerosos que los españoles.

Separaron á ambos combatientes, y cruzaron sus armas con las de los españoles.

A Diego escasamente le acompañarian sesenta ó setenta hombres, mientras que los franceses les triplicaban el número.

Allí lucharon por algun tiempo con un valor desesperado; pero disminuidos en más de una tercera parte, no tuvieron más remedio que vacilar.

Iban ya á retroceder á pesar de los esfuerzos de Diego, que cada vez atacaba con más furor, cuando de pronto se oyó una voz que gritaba:

—Voto á cien pares de cartuchos! Animo, valientes, que

aquí estoy para castigar á esa canalla. Así Dios me confunda!

Y diciendo y haciendo el sargento Márcos Bocanegra, pues no era otro el que de tal manera votaba, se lanzó seguido de un centenar de valientes sobre la enorgullecida legion francesa.

—Gracias, Márcos, gritó el pintor, me habeis salvado; vamos ahora á hacer retroceder á esos infames.

—Tripas de Satanás! Rabo de Lucifer! Voto á cien obuses! que todos ellos han de echar á correr bien pronto.

Y á cada voto que pronunciaba, descargaba el sargento un tremendo mandoble que inutilizaba al que lo recibía.

—Uñas de Lucifer! Espaditas á mí! decía, viendo á un oficial que trataba de acometerle: ahora vereis qué buena cuenta doy de vosotros!

Y diciendo y haciendo el buen sargento, con su tremenda tizona atravesó de parte á parte á un oficial que trataba de hacer con él lo mismo que Márcos llevó á efecto.

Diego entretanto habia vuelto á encontrarse con el conde de Monte-Perdú.

Pero esta vez no iba solo.

Algunos soldados tambien luchaban contra el valiente pintor.

Este se defendía como un héroe, y en medio del calor del combate y en medio del ruido se le oía decir:

—Fuera de aquí, canalla! es impropio de hombres el atacar diez á uno solo; bien haceis, coronel; que á no venir resguardado por vuestros soldados, buena cuenta diera de vos.

Pero Diego estaba ya herido.

Las bayonetas de los soldados de la guardia habian penetrado en su carne, y la sangre manchaba ya su traje.

No eran ninguna de sus heridas de gravedad, pero eran lo suficiente para debilitarle.

Todo anunciaba que sus contrarios iban á vencer, cuando un brazo poderoso empezó á descargar sendos mandoblés sobre los franceses, y una voz más enérgica todavía, dijo:

—Voto á todas las tempestades del infierno! mil bombas!

canalla infame! trahilla de cobardes! no veis que es un hombre solo? mal rayo que os parta á todos! Y vos, señor Diego, por qué no habeis llamado antes? pero en fin, os aseguro que no ha de quedar ninguno de estos tunantes vivo para contarlo.

Y á cada palabra del sargento acompañaba un golpe que hacia vacilar á uno de los franceses.

De esta manera pronto disminuyó el número de los combatientes.

Ya solo quedaban el coronel, que animaba á sus soldados, y cuatro ó cinco de estos para luchar contra nuestros amigos.

Entonces Bocanegra, dando un salto tremendo, se colocó al otro lado de los soldados, y cayó como una bomba sobre el coronel.

—Juro por todas las brujas del infierno, que yo acabaré pronto esto! voto á mil rayos!

Diego no le habia perdido de vista, y al ver su accion le dijo:

—Dejadme, Márcos! esa es prenda que me pertenece.

—Eh! voto á cien truenos! matadme vos como podais esas terneras, que yo me las avengo con ese toro; no tengais cuidado, no; pero por mi santo patron, que no quedareis disgustado conmigo.

—Es que quiero yo ser quien le mate.

—Dientes de Lucifer! conque tanto le aborreceis?

—Oh! mucho.

Y Diego hacia esfuerzos supremos para desembarazarse de los soldados y atacar al objeto de su rabia.

—No tengais tanta prisa, señor mio, decia el coronel con una calma insultante; tiempo os quedará á vos tambien para que mi acero os castigue como lo ha hecho mi lengua.

—Voto á cien obuses si yo os dejo!

Y el sargento apretaba cada vez más al coronel, y este se defendia con un valor magnifico.

Diego hacia lo mismo con los soldados: á pesar de su cansancio y de las heridas que habia recibido, su endeble brazo

sacaba las fuerzas que le escitaban el corage y deseos de vengarse del coronel.

Ademas, el insulto que acababa de recibir de este, le hacia aumentar sus esfuerzos para lograr cruzar su espada con la de este francés fanfarron.

Márkos tambien le tiraba tan fuertes mandobles, que una mano menos diestra que la del coronel, ó menos firme, le hubiera sido imposible resistir.

El coronel veia sobre su cabeza una nube de sablazos, en que no sabia si superaba la fuerza ó la astucia; el sargento reunia las dos á la vez.

El delgado, pero fuerte y hábil brazo del pintor, abrió campo á este para que adelantara dos pasos.

Habia derribado dos de sus adversarios.

—Voto á cien mil fusiles! gritó ya colérico Márkos; esto es necesario que se acabe de una vez.

Y arremetiendo con nuevo vigor al coronel, á pesar de la superioridad que este tenia por estar montado, hundió la espada en el pecho del generoso bruto, y le hizo caer, arrastrando en la caída á su ginete.

Más rápido que el pensamiento se lanzó sobre él el sargento; y poniéndole el sable en el pecho, le gritó:

—Ríndete! ó por los cuernos de Satanás, que te hundo el sable en el pecho.

—Nunca! respondió el francés haciendo esfuerzos por levantarse.

Pero al caer le habia cojido el caballo una de la piernas y todos sus esfuerzos para desasirse de aquel peso que le oprimia, eran inútiles.

—Mira que pierdes más, proseguia el sarjento, apretando un poco más el sable.

—Mátame, decia Monte-Perdú, estás en tu derecho, porque yo hubiera hecho contigo lo mismo.

—Votó á mi nombre! que no he visto un condenado más valiente que tú: casi, casi te lo perdono todo, porque no tienes miedo, pero enfin, puesto que tú lo quieres, por Satanás y su

cortel que vas á morir. Y diciendo y haciendo, ya iba á hundir la punta de su sable en el seno del marido de Manuela; cuando una voz se oyó á sus espaldas, y un brazo detuvo al de Márcos.

—Voto á cien cartucheras! gritó este.

—Dejadle Márcos, soy yo; dijo Diego, pues él era el que habiéndose podido desembarazar de sus adversarios, habia ido á unirse con el sargento; dejádle, repitió, soy yo quien os lo suplica.

—Pues no decíais antes....

—Lo que dije se referia á un hombre que podia defenderse, nunca á un enemigo indefenso; levantaos, coronel, vuestros soldados van ya huyendo, y no debeis esperar á que otros de mis compañeros ménos considerados que yo os traten como mereceis.

Y el noble jóven ayudó á levantarse á su enemigo, que no sabia ni qué responder en medio de la estupefaccion que le habian causado sus palabras.

Diego y Márcos retrocedieron sin decir nada más.

Como habia dicho el pintor, los franceses se habian visto obligados á retroceder.

El coronel fué llevado casi á empujones por sus mismos soldados, que al contemplarle inmóvil trataron de salvarle.

—Voto á las barbas de Satanás! que lo que habeis hecho debe ser muy bueno, pero yo en vuestro caso....

—Hubiéseis hecho lo mismo que yo, Márcos, decia Diego, al buen sargento, que tambien él habia quedado asombrado con la accion del jóven.

Y ambos tras estas palabras fueron á incorporarse con sus demas compañeros.

Esta vez tambien los soldados franceses habian tenido que dejar el puesto á los intrépidos madrileños.

El valor habia superado al número.

Los ¡hurra! de alegría de los vencedores se unían á los gritos de cólera de los vencidos.

Reunidos todos los paisanos que habian tomado parte en

la lucha, se recogieron inmediatamente los heridos y los muertos, y se dispusieron para acometer nuevas empresas.

Deliberando estaban á dónde habian de ir, cuando un nuevo grupo vino á reunirse con nuestros amigos.

Era este el que mandaba el señor Pedro.

—Dónde vamos ahora, señores? preguntaban todos en confusa gritería.

—Vámonos al Prado á buscar denodadamente á los franceses, decían unos.

—Es que no tenemos armas, contestaban otros.

—Y dónde las vamos á encontrar?

—Eh! voto á mil rayos! vamos á buscarlas á los cuarteles, decía Márcos Bocanegra.

—Es que ya sabeis que los soldados no pueden salir de sus cuarteles, ni tampoco les está permitido entregar sus armas, contestaba el señor Pedro.

—Por las barbas de Belcebú! no vayamos á estarnos quietos ahora, porque ¡voto á brios! que mi cuerpo se cansa de estar parado.

—En el parque de artillería hay una multitud de fusiles, dijo una voz entre la multitud.

Pues vamos á buscarlos.

—Al parque! al parque! gritaron todos.

Y aquella masa, moviéndose como un solo hombre, atravesó la Puerta del Sol, y penetró por la calle de Preciados con dirección á la plazuela de Santo Domingo. En la misma dirección que ellos llevaban caminaba tambien un oficial de artillería.

Al verlo, Cárlos y Diego se dirigieron á él y le dijeron:

—Caballero, queremos pedirnos un favor.

—Disponed de mí como gustéis.

—Ya sabeis que la perfidia francesa ha sembrado entre el pueblo la muerte y la destrucción; el pueblo madrileño quiere vengarse á su vez; pero si bien le sobra el valor, le faltan armas: en el parque hay diez mil fusiles, uníos á nosotros, y